



¿Águila o sol?

¿Demetrio Macías o Luis Cervantes?

México en un albur

Cien años de *Los de abajo*

Francisco Mercado Noyola

Últimamente he pensado a menudo que Demetrio Macías personifica a toda esta nación, o al menos a la gran mayoría atontada. También nosotros hemos tropezado con grandes problemas mientras tratamos de ganar nuestro diario sustento y nos vemos envueltos en un gran huracán. Como Demetrio, sentimos que no hay nada que hacer más que luchar por salir, comprendamos o no las órdenes que recibamos. / Por mi parte digo como Valderrama, el Loco: ¡Hitler!... ¡Churchill!... ¡Roosevelt!... ¡Stalin!... ¡Y las rocas queden boca arriba o abajo después del cataclismo! Amo al volcán porque es volcán y a la Revolución porque es Revolución.”

CARTA DEL MAESTRO CARNICERO FRED W. COLDICUTT
A MARIANO AZUELA, LONDRES, 7 DE AGOSTO DE 1941

EN MEDIO DEL CATACLISMO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, un lector inglés de *Los de abajo* —a casi tres décadas de su publicación—, carnicero de oficio, escribe una carta al doctor Mariano Azuela, poniendo de manifiesto el más alto poder de la literatura: el de la fraternidad humana en el dolor colectivo. Veintiséis años antes, la primera fase de redacción de la novela se había realizado en campaña, y se había concluido en las oficinas del diario carrancista *El Paso del Norte*, donde también fue publicada en 1915 por el propietario Fernando Gamiochipi. Mariano Azuela aseveró durante su vida que su cosecha había sido levantada en cuarteles, hospitales, fandangos, carreteras y ferrocarriles. Para el autor laguense el espíritu de amor y sacrificio de la etapa maderista de la Revolución se había transformado para entonces en “un mundillo de amistades fingidas, envidias, adulación, espionaje, intrigas, chismes y perfidia”, asegurando a López Portillo y Rojas, en carta de 1916, que —de haber existido un verdadero Macías— lo hubiese seguido hasta la muerte. Poco después afirma, en el mismo tenor, que los literatos mexicanos de profesión eran evasores ajenos a las palpitaciones del alma nacional, señalando el caso ruso, en el que los parias habían clamado por su patria en la narrativa. Doce años después de la primera edición de *Los de abajo*, en *El Universal Ilustrado*, el jalisciense sostiene que la “sociología en pantuflas” era incapaz de percibir la desolación de la lucha armada al erigir el marmóreo monumento oficialista cuando la “animosidad vesánica” había sido alimentada por los de arriba, en su hambre por el botín. En entrevista con Gregorio Ortega para *Revista de Revistas* en 1930, don Mariano reitera el realismo vital que pergeña *Los de abajo*, concordante con la farsa de los pícaros encumbrados en el poder mediante la energía primitiva de criminales vulgares, ascendidos a luchadores sociales. La adaptación de la novela al teatro por Antonieta Rivas Mercado, poco antes, había privilegiado los pasajes más cruentos, dejando una impresión del relato como obra reaccionaria. Poco más adelante, Azuela comenta a Rafael Heliodoro Valle que sólo los más espurios representantes del movimiento habían observado estos resquemores. En 1937, en

entrevista para *Hoy*, don Mariano manifiesta a Cipriano Campos Alatorre un nuevo desencanto, advirtiendo que los intelectuales mexicanos —lejos de ejercer su vocación ética como orientadores del pueblo— se contentaban con admirarse a sí mismos e implorar al Estado por los medios para vivir.

En la crítica nacional, *Los de abajo* sigue un proceso dialéctico: en 1925, en *El Universal*, Eduardo Colín ve en el relato un asunto de *vindicta* privada con débiles atisbos de reivindicación social. Victoriano Salado Álvarez no escatima a los cofrades de Demetrio Macías el calificativo de “lombrosianos”, el de “señorito cínico” a Luis Cervantes y el de “nihilista” a la novela. José Luis Martínez en 1947, dos años antes de que un Azuela mucho menos crítico recibiera el Premio Nacional de Literatura de manos de Miguel Alemán, resalta en la muerte de Macías la “patética imagen de nuestro fatalismo heroico”. Pasaron más de treinta años para que Carlos Fuentes retomara el análisis de la cuestión en su ensayo *La Ilíada descalza*, donde visualiza a Macías y sus secuaces bajo la losa secular del poder, emergiendo como “alacranes ciegos”; así como establece la analogía de un Cervantes-Sancho Panza vertiendo el dulce veneno de la adulación en los oídos de un Demetrio-Quijote, de cuya inocente bravura se sirve para medrar, ambos personajes son congruentes sólo en la voracidad que les es común. Quizá la interpretación más reciente la ofrezca Arturo Azuela, percibiendo en la novela una visión escéptica, oscilante entre la violencia y el heroísmo, entre el clamor espontáneo del pueblo y la insidia viperina de la dirigencia.

Por cuanto hace a la crítica internacional, Valéry Larbaud (1930) equipara a Azuela con el autor romano Tácito en sus *Historias*, y a la rapiña de los personajes mexicanos con la de las huestes de Antonius Primus en el saqueo de Cremona en el 69 de nuestra era. El hispanista estadounidense Seymour Menton, en los años sesenta, encuentra una inquietante metáfora entre el pasaje de la destrucción de un magnífico

ejemplar de *La Comedia* y el descenso a los ínfimos de la barbarie soldadesca. Por su parte, Vera Kutéischikova, en el crucial 1968, encuentra vasos comunicantes entre las secuencias de Eisenstein y los cuadros sucesivos de Azuela, recordando también que el peruano José Carlos Mariátegui vinculaba ideológicamente *Los de abajo* con los *Relatos guerrilleros* del soviético Vsévolod Ivánov.

Opiniones encontradas o no en el transcurso del tiempo, resulta indudable que Demetrio Macías —violencia telúrica de la masa popular— simboliza una potencia irracional de la naturaleza. El guerrillero serrano se yergue como cataclismo igualador cuya mecánica justiciera es invidente y amoral. Roba, mata, comanda forajidos, sin vergüenza ni orgullo. No obstante, es magnánimo y compasivo con sus hombres, porque sabe que exponen el pecho a las balas. Percibe una melodía en la voz generosa de Camila ofreciéndole agua en su convalecencia, y es capaz de experimentar delicados sentimientos por ella pese a la tosquedad de rasgos físicos de la joven. Es dueño de una sensibilidad estética primitiva, que aún él mismo ignora. Añora los días idílicos de su terruño Limón, la mujer y el tierno vástago, de quienes fue separado por la arbitrariedad brutal del cacicazgo. Solloza, bajo el velo del macho invulnerable, con los acordes de *El enterrador*, y le tiene “voluntá” a su ejecutante —el Loco Valderrama—, cuyos desvaríos poéticos “lo ponen a uno a pensar”. Carente de las herramientas culturales para racionalizar y verbalizar un discurso, metafórica la Bola como esa piedrecilla que rueda pendiente abajo, incapaz de detener la inercia de su desboque. Demetrio Macías es dignificación del pundonor del pueblo, de una suerte de hombre precortesiano tardío, cuya naturaleza nómada le exige trashumar y combatir. Rebosante de vitalidad para hacer frente al mundo y sus lides, es dueño cierto y conocido de los eriales con sólo hollarlos. Absolutamente ajeno a cálculos y especulaciones, es inocente en intriga política y terreno fértil a la manipulación



Mariano Azuela

de Luis Cervantes, quien encarna a los calculistas beneficiarios del movimiento.

Mientras que el incidental Alberto Solís, aun en su gélido desencanto de la Revolución, encarna acaso un *alter ego* de don Mariano, envuelto —también genuinamente— por el huracán de la circunstancia y por la integridad en los ideales, Luis Cervantes representa la clase hipócrita y corrompida que aún hoy sufrimos, aquella que busca ocultar sus intereses individuales y de grupo bajo el velo de una falsa retórica populista. Proxenas de la palabra y de la justicia social, son también vulgares apostadores, frenéticos ante la ruleta vellosa de la política. Sus argumentos sofisticos quizá sean de reconocimiento para quienes sobreponen ante todo el legítimo derecho a la supervivencia. No existe una verdad única y suspensa en el tiempo. No hay ideales inmutables. *Ergo*, no existe fundamento para las convicciones impercederas sobre el bien común, sino sólo justificaciones posibles ante los vaivenes de la fortuna. ¿Habrán hoy lugar para la inocencia de un Demetrio Macías? No parece posible; el instinto suspicaz del pueblo reconoce ya demasiado bien la oquedad de la demagogia. El tristemente inmortal personaje de Luis Cervantes será siempre espejo de la nutrida y renovada

burguesía acomodaticia, con su blandura de falderillo solícito —siempre aterrado ante el rostro bestial de “los de abajo”— e inerme, sin sus privilegios de clase, frente a esta feracidad, cultivada en la miseria cíclica.

Como la sociedad racionalista de imposición occidental que somos, creemos que nos es siempre exigible no pensar en absolutos. Las férreas convicciones y las posturas extremas nos son exhibidas, usualmente, como atavismos que debemos rechazar *a priori*. Pese a ello, es imperioso reconocer que nuestra situación nacional actual admite problematización —siempre por principio— mas ahora, de ningún modo, titubeos. Si bien es cierto que la violencia no es deseable como vía de resolución de nuestros intrincados conflictos sociales, esta voluntad general no debiera ser vecina peligrosa de la pusilanimidad.

A cien años de la publicación de uno de los relatos que nos fundan e interpretan como nación auténtica, los mexicanos nos vemos en una crucial disyuntiva. Ante el evidente vacío de legitimidad y propuestas sustentables por parte de los partidos políticos, el profundo Demetrio Macías de nuestro ser colectivo se mostraría siempre altruista y dinámico en su postura beligerante, volcado contra todo el espectro de cacicazgos de nuestra vida pública, a pesar de su ingenuidad y propensión a la ignorancia y al error. Si optásemos —como ha sido regla general en nuestra historia— por el egoísmo y la falsedad de nuestro Luis Cervantes consuetudinario, implicaría dar un paso más, esta vez decisivo, en nuestra precipitación hacia la ruina colectiva, hacia la condenación de un pueblo perpetuamente desmembrado y presa gratuita de los demagogos. En este tiempo adverso la solidaridad se nos impone como un valor fundamental. ¿Demetrio Macías o Luis Cervantes? Entre una barbarie combativa y frontal y una civilización cobarde y taimada se juega el albur de nuestra dignidad como pueblo. Resulta más asequible adjudicar nuestra probidad colectiva al primer peculio, mientras que el segundo es ya un obstáculo de superarse en nuestra senda común. ▀